

que *las paredes tienen oídos*.—¿Qué tiene mi señora la duquesa, ¡por vida mía! señora Doña Rodríguez? preguntó Don Quijote.—Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder, á lo que se me pregunta, con toda verdad. ¿Vé vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa; aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa; aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced, que lo puede agradecer, primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena.—¡Santa María! dijo Don Quijote; y ¿es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero, pues la señora Doña Rodríguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes, y en tales lugares, no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente, que ahora acabo de creer, que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud." Apenas acabó Don Quijote de decir esta razon, cuando, con un gran golpe, abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta, con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona, con mucha presteza sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una, al parecer, chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion: y aunque Don Quijote se la tenía, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello, y estabase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque, en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á Don Quijote, y, desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora; saliéronse las fantasmas; recogió Doña Rodríguez sus faldas, y, gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra á Don Quijote, el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

## CAPÍTULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su insula.

DEJAMOS al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual, industriado del mayordomo, y el mayordomo, del duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban, y al doctor Pedro Recio, que, como se acabó el secreto de la carta del duque, habia vuelto á entrar en la sala: "Ahora, verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce, para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. ¡Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures! espera sazon y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, ¡que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea! digo, á la de los malos médicos; que, la de los buenos, palmas y lauros merecen." Todos los que conocian á Sancho Panza, se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los

entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto, quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo, sin moverse de un lugar, todavía se llegó por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en días. Entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Labajos; y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: "Mirad, señor doctor: de aquí adelante, no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco: lo que el maestresala puede hacer es, traerme estas que llaman *ollas podridas*, que, mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun día: y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz y compañía, pues, cuando Dios amanece, para todos amanece; yo gobernaré esta ínsula, sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque le hago saber que el diablo está en Cantillana, y que, si me dan ocasion, han de ver maravillas: ¡no, sino haceos miel, y comeros hán moscas!—Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de todos los insulanos de esta ínsula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde.— ¡Yo lo creo! respondió Sancho; y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir, que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace mas al caso; y en siendo hora, vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y, sobre todo, tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿digo algo, ó quiébrame la cabeza?—Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que, á lo que creo, no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera

de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron, y los que aquí venimos: cada día se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados." Llegó la noche, y cenó el gobernador, con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda; salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podía formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio, con su vara, que no habia mas qué ver; y, pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales, viendo venir á la justicia, se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: "¡Aquí de Dios y del Rey! ¡cómo! ¡y que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan á saltar en él en la mitad de las calles!—Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador." El otro contrario dijo: "Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá, que este gentil hombre acaba de ganar ahora, en esta casa de juego que está aquí frontero, mas de mil reales, y sabe Dios cómo; y, hallándome yo presente, juzgué mas de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo, por lo menos, de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar; y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero, y se salió de la casa: yo vine, despechado, tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarron, que es mas ladrón que Caco, y mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de cuatro reales: por que vea vuesa merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero ¡á fe, que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuántas entraba la romana!—¿Qué decís vos á esto?" preguntó Sancho. Y el otro respondió, que era verdad cuanto su contrario decia, y no habia querido darle mas de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato, han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que, para señal que él era hombre de bien, y no ladrón, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada; que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. "Así es, dijo el mayordomo: vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destes hombres.—Lo que se ha de hacer, es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego, á este vuestro acuchillador, cien reales; y más, habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel: y vos, que no